

mo sistema capitalista en el curso de la historia, culmina en la situación actual de los países subdesarrollados, el Mundo Pobre. Debe ser bastante claro que el imperialismo y el subdesarrollo constituyen dos aspectos de lo mismo: el modo de producción capitalista en escala mundial. Del mismo modo que el capitalismo y el subdesarrollo representan las dos caras de la misma moneda, el imperialismo y la reproducción constante del potencial revolucionario también comparten las mismas causas originales.

En definitiva, la obra es un fino y sugestivo análisis en el que el autor trata de comprobar que —y por qué— el sistema internacional, con todas sus contradicciones y conflictos, constituye el producto de la revolución capitalista. Igualmente y por todo ello ha procurado representar en este libro el sistema internacional como sistema histórico, para mostrar así que hace falta apoyar en la historia las categorías analíticas utilizadas para explicarlo. Al mismo tiempo se siguió el proceso de desarrollo de la «interdependencia» mundial entre los Estados, las economías y las culturas, que hoy se ha vuelto lugar común en cuanto al descubrimiento, la conquista y la sumisión de las culturas no europeas por parte de las sociedades de la Europa Occidental, estimuladas por el afán de lucro de la primera fase del capitalismo. En este contexto no importa qué clase de contactos intercontinentales hayan existido antes; la revolución capitalista fue la primera fuerza en unir las distintas partes del globo, que hasta entonces habían evolucionado por separado, en un solo sistema social, y que desde entonces evolucionan como sistema internacional, basado en la economía, la sociedad y la cultura, en un conjunto y complejo proceso histórico común.

El trabajo incluye, en sus páginas finales, una seleccionada relación bibliográfica.

J. U. MARTÍNEZ CARRERAS

Ekkehart KRIPPENDORFF: *Las relaciones internacionales como ciencia. Introducción*. México, F. de C. E., 1985, 163 pp.

Contiene este libro, como se indica en su Prólogo, la segunda introducción del autor a las relaciones internacionales que constituye, en su origen, un curso impartido en el Centro Bolonia de la Universidad Johns Hopkins durante el año académico 1973-74, y que no se trata de una continuación de *El sistema internacional como historia*, también del mismo autor, sino de una segunda acometida independiente al mismo objetivo: la vasta delimitación del campo abarcado por esta disciplina científica. El autor desea, con este trabajo, mostrar tres cosas: en primer lugar, que las relaciones internacionales como ciencia forman un oficio mucho más difícil de lo que de pronto puede parecer, y asimismo revelar las causas de ello; en segundo lugar, dar a conocer algunos ejemplos escogidos de las premisas en que estriba la posibilidad de emitir dictámenes precisamente en esta disciplina; y en tercer lugar, es un primer paso hacia una síntesis, mucho más eficaz que las anteriores, de la disciplina. En definitiva, quiere, por un lado, precisar un fundamento algo sólido para esta disciplina, pese al gran número de aspectos presentados por el objetivo, y en resumen no desea ponerlo en duda, sino asegurarlo; y por otro, debe quedar absolutamente en claro que no existe una respuesta patente a cada pregunta.

La obra, tras el Prólogo citado, se compone de ocho capítulos. En el primero, titulado «De la ciencia en general y de las ciencias sociales en particular», expone el autor cómo se origina la formulación de éstas en el conjunto de las ciencias, para pasar en el capítulo II «Acerca de las relaciones internacionales como

ciencia social» a tratar sobre los orígenes de las relaciones internacionales, que como realidad empírica y problema por definir cuentan con un origen histórico específico: la fase de su nacimiento puede ser determinada, en el sentido cronológico superficial, como la «era de los descubrimientos». El sistema internacional hoy en día se ha convertido en el objeto de los estudios de una disciplina científica extensamente aceptada, siendo el producto de aproximadamente cinco siglos de expansión europea. Sólo se puede comprender a partir de su historicidad particular: la ruptura en la historia de la humanidad que se produjo por influencia de la revolución capitalista, y de lo que ya se trató en su otro trabajo sobre *El sistema internacional como historia*. Una segunda cuestión que hay que plantear es la conciencia de la problemática, en cuanto a las condiciones del desarrollo de las relaciones internacionales como ciencia, que constituye un problema complejo. El sistema internacional no fue creado por el imperialismo, pero éste perfeccionó su forma contemporánea; y se extiende en una crítica limitada de la ciencia burguesa de las relaciones internacionales, además de indicar la alternativa de las teorías del imperialismo que se «acercan más a la verdad».

El capítulo III, con el título de «Acerca de la reproducción», parte de la suposición de que el hombre como ser genérico constituye el asunto de las ciencias sociales, y la regularidad de la reproducción humana a la vez condiciona la existencia de la ciencia social. Tras afirmar la necesidad vital de una ciencia independiente de las relaciones internacionales, se concluye que el concepto político y económico del imperialismo pretende abarcar precisamente la tendencia a extender e imponer las fuerzas productivas en todo el mundo. El imperialismo comprende el conjunto de todas las relaciones políticas y económicas que permiten la reproducción capitalista en un nivel mundial. El análisis de los conflictos políticos en el sistema internacional, orientado hacia la problemática de la reproducción, implica aclarar las condiciones y la dinámica estructurales y sociales particulares de cada caso.

«Acerca de la historia» es el tema estudiado en el capítulo IV, partiendo de la suposición, ya planteada en su libro anterior sobre *El sistema internacional como historia*, de que sólo es posible comprender ese sistema —su forma actual, sus conflictos y sus contradicciones—, analizándolo desde un punto de vista histórico. Tiene un nacimiento precisado, y asimismo representa la suma de las experiencias obtenidas en el curso de los cuatrocientos años de su existencia. Estos antecedentes se materializan en la forma de estructuras establecidas; y se pasa a exponer los motivos de esta tesis, literalmente fundamental para las referencias hechas aquí con respecto a la ciencia social en general y el análisis de las relaciones internacionales en particular. El punto de partida en este momento de nuevo es la «diferencia antropológica» definida en el primer capítulo. La historicidad enlaza todos los hechos antropológicos básicos. En conclusión, el hombre necesariamente tiene una historia. Y se pueden distinguir cuatro tipos de conceptos históricos, que aproximadamente corresponden a las distintas fases de la evolución social: en primer lugar se halla lo que se puede calificar como «historia mágica»; en segundo, la historia sirve para legitimar la soberanía; en tercero, la historia apoya la orientación secular, es decir, la doctrina del progreso, y en cuarto lugar, la ciencia de la historia crea las condiciones propicias para el desarrollo de una ciencia basada en el estudio de la sociedad. Se presenta ahora el problema del progreso, clave para la historia, y que constituye un fenómeno antropológico, sin el cual la humanidad es inconcebible; el progreso dentro de la historia sigue siendo un axioma antropológico. El análisis estimativo de las distintas sociedades, realizado por medio de la historia económica y social, constituye el verdadero marco de las ciencias sociales conforme a nuestra época, más allá de las disciplinas académicas. El interés práctico, con-

temporáneo y parcial en la solución de los problemas planteados por la política internacional conduce a la reflexión sobre la historicidad en general y la historia de la sociedad universal en particular. La unidad de la historia universal de la especie radica en la distinción entre las formaciones sociales. Con la revolución capitalista e industrial comienza la historia mundial como experiencia común de una «sociedad mundial», en su sentido más estrecho y concreto.

En el capítulo V pasa el autor a tratar «Acerca del Estado en el sistema internacional», partiendo de que hablar de la política internacional significa hablar del Estado, pareciendo una verdad sobreentendida que el Estado constituye el verdadero objeto de las relaciones internacionales, su autor y actor de las acciones realizadas en su marco. Hay cinco aspectos que caracterizan el Estado moderno actual: el exclusivismo territorial, el modo de producción capitalista, la pacificación interna, la integración social y la soberanía clasista. Es muy reciente la composición del sistema internacional como un conjunto estructurado de Estados que abarca todo el mundo. La división política del sistema internacional en Estados soberanos también tiene consecuencias económicas muy concretas. Desde los años cincuenta se ha desarrollado poco a poco la estrategia de superar el Estado nacional por medio de la cooperación funcional, a través de sectores políticamente neutrales; y el instrumento clásico de las alianzas también pretende imponer un orden en el sistema antagonista de Estados. Las alianzas son concebidas para crear orden, evaluar y controlar la conducta de los Estados en cuanto a la política exterior. El Estado moderno y el modo de producción capitalista están vinculados por una relación genética original. Por tanto, parece verosímil que la superación —revolucionaria— de este modo de producción histórico deba ocurrir en las metrópolis mismas del capitalismo.

«Acerca de la guerra y la finalidad del armamento» es el tema analizado en el capítulo VI, partiendo de la afirmación de que «la guerra parece constituir la verdadera esencia de la actividad estatal para el que estudia el desenvolvimiento de los siglos», en opinión de B. de Jouvenel. El argumento fundamental es que, por un lado, es innegable que siempre ha habido guerras, en todas las épocas y todas las sociedades, y esos conflictos corresponden en su grado de violencia a la organización social que se haya alcanzado; y por otro, hay que insistir en el hecho de que el modo de producción capitalista modificó de manera significativa la relación histórica entre la guerra y la sociedad. Desde entonces, la guerra y especialmente el armamentismo cumplen una novedosa función, que permite distinguirlos claramente de las guerras y el armamentismo en las sociedades precapitalistas. El cambio externo en el papel de la guerra y el armamento se llevó a cabo durante los siglos XVI y XVII. Hay una conexión dialéctica entre los cambios sociales en Europa occidental, la revolución capitalista, el desarrollo de la unidad mundial y del sistema internacional y la creación del Estado moderno. La ampliación y concreción de esa conexión por una dimensión esencial es el papel que jugaron el armamento y la guerra, el «corazón de la soberanía» en la creación del Estado moderno. En la actualidad se ha descubierto el fenómeno aparentemente nuevo del «complejo militar e industrial». El análisis de la dimensión militar del sistema internacional debe partir de la simbiosis histórica entre la formación de los Estados, el desenvolvimiento del capitalismo y el armamento. Así se encuentra una explicación para muchos de los problemas de que se ocupa la disciplina de las relaciones internacionales. El complejo formado por el Estado, el armamento, la guerra y la economía está aparentemente compuesto por muy pocos factores en nuestra época histórica: la de la realización universal del capitalismo. El potencial represivo y destructor es muy importante para el mantenimiento de las estructuras jerárquicas y los elementos estatales del sistema internacional.

El capítulo VII trata «Acerca de la política exterior socialista de la Unión Soviética», partiendo del hecho de que la política exterior soviética es ejemplar, como respuesta histórica a esa crítica y estrategia de superación fundamentales que atacan el sistema internacional en sus raíces, y su estudio debe formar parte del método de toda ciencia global orientada a modificar la práctica. La economía, la política social y la política exterior de la Unión Soviética están orientadas a la competencia con la metrópolis capitalistas. La política exterior de la Unión Soviética es considerada como táctica, pero sus efectos son estratégicos. No apoya los «experimentos socialistas» y, por consiguiente, su influencia real sobre los aliados políticos y militares del Tercer Mundo sigue siendo estructuralmente débil.

El capítulo VIII y último, con el título de «Acerca del mercado mundial», analiza este fenómeno desde la afirmación de que el ansia de riquezas rápidamente adquiribles constituyó el verdadero impulso de la «era de los descubrimientos». Las relaciones internacionales abarcan una gran cantidad de factores muy complejos y variados. El mercado mundial, como tendencia general, ya es inherente a la revolución capitalista misma. La imposición histórica de la revolución capitalista es inconcebible sin los fenómenos correlativos del Estado moderno y del mercado mundial, que fue creado por la competencia entre los capitales nacionales. La condición y la razón de ser del Estado están representados por la organización nacional del capital, es decir, la imposición competitiva de los capitalistas en el mercado mundial. El eufemismo «multinacional» siempre encubre el poder estatal, militar y político de los Estados Unidos o la Europa occidental. La división en Estados nacionales perpetúa las diferencias, de forma y sustancia, entre las distintas economías nacionales, integradas todas al mercado mundial. El desenvolvimiento regular del mercado mundial también implica la repetición regular de las crisis en la economía mundial.

Este libro, al igual que el anterior, constituye un valioso e interesante estudio de las relaciones internacionales como ciencia, presentando el autor en esta Introducción, variada y de fundamentos científicos, los vínculos elementales entre el capitalismo, el mercado mundial, el subdesarrollo o superdesarrollo, la inflación, el armamento, la escasez de recursos y la extensión de la violencia. La obra finaliza, en sus últimas páginas, con una extensa relación bibliográfica.

J. U. MARTÍNEZ CARRERAS

Nelson MARTÍNEZ DÍAZ: *América Latina en el siglo XX*. Barcelona, Ed. Orbis, 1986, 277 pp.

No abundan las historias generales, de conjunto y síntesis a partir de unos fundamentos científicos, sobre la historia de América Hispana durante el siglo XX, y de ahí, entre otras razones, que este libro sea tanto de interés como de actualidad. En la Introducción del volumen comienza por señalar su autor que la situación actual de América Latina se caracteriza por un fuerte dinamismo que aflora en los cambios políticos experimentados en la región, en el proceso de polarización social registrado en algunos países y la profunda crisis económica, secuela de unos modelos autoritarios agotados al comenzar la década de los ochenta, cuyo signo más preocupante es la abrumadora deuda externa. La diversidad es una característica de Latinoamérica, pero esto no implica desconocer la presencia de factores que confieren cierta unidad al conjunto. El libro se propone ofrecer, y lo consigue plenamente, una perspectiva generalizadora, pero